

## TRAICIÓN

Scott Westerfeld

*La ciudad de Nueva Belleza*

El cielo de principios de verano tenía el color rosa del vómito de un gato.

Por supuesto, pensó Tally, para que los tonos rosados fuesen los adecuados habría que darle al gato durante un tiempo solo comida para gatos con sabor a salmón. Lo cierto es que las nubes, que se deslizaban a velocidad vertiginosa, parecían peces por efecto del viento que les dibujaba escamas. A medida que la luz disminuía, profundos surcos de color azul oscuro se asomaban a través de las nubes como un océano puesto del revés, frío y sin fondo.

Cualquier otro verano, una puesta de sol como aquella habría sido hermosa. Pero nada era hermoso desde que Peris se convirtió en perfecto. Perder a tu mejor amigo es un asco, aunque solo sea durante tres meses y dos días.

Tally Youngblood esperaba a que cayera la oscuridad. Veía la ciudad de Nueva Belleza a través de su ventana abierta. Las torres de fiesta estaban ya iluminadas, y serpientes de antorchas encendidas marcaban caminos parpadeantes a través de los

jardines del placer. Unos cuantos globos de aire caliente tiraban de sus correas contra el rosado cielo cada vez más oscuro. Sus pasajeros lanzaban fuegos artificiales de seguridad a otros globos y parapentes. Las carcajadas y la música cruzaban el agua como guijarros lanzados con gran efecto, con los bordes igual de afilados que los nervios de Tally.

En las afueras de la ciudad, separada de la otra población por el óvalo negro del río, todo estaba a oscuras. Todos los imperfectos estaban ya en la cama.

Tally se quitó el anillo de comunicación.

—Buenas noches —dijo.

—Que tengas dulces sueños, Tally —respondió la habitación.

Masticó una píldora limpiadora de dientes, ahuecó su almohada y metió entre las sábanas una vieja estufa portátil que producía más o menos el mismo calor que si hubiera alguien de las mismas proporciones de Tally dormido a su lado.

Luego se escabulló por la ventana.

Tally se sintió mejor nada más salir al exterior, donde por fin la noche se cernía negra como el carbón sobre ella. Tal vez fuese un plan estúpido, pero con todo preferible a pasar otra noche en vela en la cama compadeciéndose de sí misma. En el conocido camino cubierto de hojas que bajaba hasta la orilla del río, resultaba fácil imaginar a Peris caminando con pasos furtivos tras ella, sofocando la risa, listo para pasar una noche espionando a los nuevos perfectos. Juntos. Peris y ella habían averiguado cómo engañar al guardián de la casa cuando tenían doce años, cuando entonces no parecía que los tres meses que se llevaban fuesen a importar jamás.

—Amigos para siempre —murmuró Tally mientras tocaba la diminuta cicatriz de su palma derecha.

El agua relucía a través de los árboles, y la chica oyó el cabrilleo de la estela de un barco que rompía contra la orilla. Se agachó, ocultándose entre las cañas. El verano siempre era la mejor época para las expediciones de espionaje: la hierba era alta, nunca hacía frío y al día siguiente no había que ir a clase.

Por supuesto, ahora que Peris era perfecto podía dormir tanto como quisiera.

El enorme y viejo puente se extendía sobre el agua a lo largo de su gran estructura de hierro negra como el cielo. Lo habían construido hacía tanto tiempo que se aguantaba por su propio peso sin ningún apoyo de aeropuntales. Dentro de un millón de años, cuando no quedara rastro de la ciudad, seguramente el puente permanecería como un hueso fosilizado.

A diferencia de los otros puentes que llevaban a Nueva Belleza, este no hablaba ni delataba a los intrusos. Pese a su silencio, a Tally siempre le había parecido muy sabio el viejo puente, poseedor de un gran caudal de callada ciencia como un árbol centenario.

Sus ojos ya se habían adaptado del todo a la oscuridad, y solo tardó unos segundos en encontrar el hilo de pescar atado a su roca de siempre. Le dio un tirón y oyó la caída de la roca al agua desde su escondite entre los soportes del puente. Siguió tirando hasta que el invisible hilo de pescar se convirtió en una cuerda mojada con nudos. El otro extremo seguía atado a la estructura de hierro del puente. Tally tensó la cuerda y la amarró al árbol.

Tuvo que volver a agacharse entre la hierba mientras pasaba otro barco. Los que bailaban en cubierta no vieron la cuerda ten

dida desde el puente hasta la orilla. Nunca la veían. Los nuevos perfectos siempre se divertían demasiado para fijarse en detalles como ese.

Cuando las luces del barco se desvanecieron, Tally probó la cuerda con todo su peso. En una ocasión se había soltado del árbol, y tanto Peris como ella se balancearon hacia abajo, luego subieron y se situaron sobre el centro del río antes de caer en el agua fría. La chica sonrió al recordarlo, comprendiendo que habría preferido estar en aquella expedición —empapada y helada con Peris— que seca y caliente, pero sola como aquella noche.

Colgada del revés, aferrándose a los nudos de la cuerda con las manos y las rodillas, Tally se alzó hasta el oscuro puente. Luego avanzó con movimientos furtivos a través de su estructura de hierro y cruzó hasta Nueva Belleza.

Sabía dónde vivía Peris gracias al único mensaje que se había dignado enviarle desde que se convirtió en perfecto. Aunque Peris no daba la dirección, Tally conocía el truco para descodificar los números de apariencia casual al final de un mensaje. Llevaban a un lugar llamado Mansión Garbo, en la parte más bulliciosa de la ciudad.

Llegar hasta allí iba a ser complicado. En sus expediciones anteriores, Tally y Peris nunca se habían alejado del río, donde gracias a la vegetación y al fondo oscuro de Feópolis resultaba fácil esconderse. Pero ahora Tally se dirigía hacia el centro de la isla, donde las carrozas y los más marchosos ocupaban las calles iluminadas durante toda la noche. Los nuevos perfectos como Peris siempre vivían donde la diversión era más frenética.

Tally había memorizado el mapa, pero si daba un paso en falso estaba perdida. Sin su anillo de comunicación, resultaba invisible para los vehículos, que la atropellarían como si no fuese nada.

Desde luego, Tally no era nada allí.

Peor aún, era imperfecta. Aunque esperaba que Peris no lo viese así. Que no la viese así.

Tally no tenía ni idea de lo que ocurriría si la atrapaban. No sería como si la pillasen por haber «olvidado» su anillo, haberse saltado unas clases o haber engañado a la casa para que la música sonase a un mayor volumen del permitido. Todo el mundo hacía esa clase de cosas, y a todo el mundo lo pillaban por eso. Y aunque Peris y ella siempre habían tenido mucho cuidado de no dejarse atrapar en aquellas expediciones, cruzar el río era algo más serio.

De todos modos, ya era tarde para preocuparse. En cualquier caso, ¿qué podían hacerle, si al cabo de tres meses ella también sería una perfecta?

Tally se deslizó junto al río hasta llegar a un jardín del placer y se sumergió en la oscuridad, entre una hilera de sauces llorones, bajo los cuales avanzó por un camino iluminado por pequeñas luces parpadeantes.

Una pareja de perfectos paseaba por el camino. Tally se quedó inmóvil, pero ellos no la vieron agachada en la oscuridad, ocupados como estaban mirándose a los ojos. En silencio, Tally los vio pasar, con esa agradable sensación que siempre tenía al mirar una cara bella. Incluso cuando Peris y ella espiaban a los perfectos desde las sombras, riéndose de todas las tonterías que decían y hacían, no podían resistirse a mirarlos. Había algo mágico en sus grandes ojos que te empujaba a prestar atención a lo que dijese,

a protegerles de cualquier peligro, a hacerles felices. Eran tan perfectos...

La pareja desapareció en un recodo, y Tally tuvo que sacudir la cabeza para apartar de su mente aquellos pensamientos tan cursis. No estaba allí para quedarse embobada. Era una infiltrada, una fisgona, una imperfecta. Y tenía una misión.

El jardín se extendía hasta la ciudad, serpenteando como un río negro a través de las torres de fiesta y de las casas iluminadas. Tras deslizarse durante unos minutos más, Tally asustó a una pareja que estaba escondida entre los árboles (al fin y al cabo, era un jardín del placer), pero como no pudieron verle la cara en la oscuridad se limitaron a burlarse de ella mientras desaparecía murmurando una disculpa. Tally tampoco había visto mucho más que un lío de piernas y brazos perfectos.

El jardín terminó por fin, a pocas manzanas del lugar donde ahora vivía Peris.

Tally echó una ojeada desde detrás de una parra. Peris y ella nunca habían llegado tan lejos, y allí se acababan sus planos. No había modo de esconderse en las calles transitadas y bien iluminadas. Se llevó los dedos a la cara, se palpó la nariz ancha y los labios finos, la frente demasiado alta y la maraña de pelo ensortijado. Un paso fuera de la maleza y la descubrirían. Su cara pareció arder al contacto de la luz. ¿Qué estaba haciendo allí? Debería hallarse en la oscuridad de Feópolis, aguardando su turno.

Pero tenía que ver a Peris, tenía que hablar con él, aunque no sabía muy bien por qué. Solo sabía que estaba harta de imaginarse mil conversaciones con él todas las noches antes de dormirse. Habían pasado cada día de su vida juntos desde que eran pequeños,

y ahora... nada. Tal vez si pudiesen conversar unos minutos, su imaginación dejaría de hablar con el Peris imaginario. Tres minutos podían ser suficientes para sostenerla durante tres meses.

Tally miró a un lado y otro de la calle para comprobar si había jardines laterales por donde cruzar subrepticamente o umbrales oscuros en los que esconderse. Se sentía como la escaladora que busca grietas y asideros ante un escarpado acantilado.

El tráfico empezó a despejarse un poco, y ella esperó mientras se frotaba la cicatriz de su palma derecha. Al cabo de un rato, Tally suspiró.

—Amigos para siempre —susurró, y dio un paso hacia la luz.

El ruido de una explosión le llegó por la derecha, tras lo cual regresó de un salto a la oscuridad. Tally tropezó entre las parras y cayó de rodillas en la tierra blanda, segura de que la habían atrapado.

Pero al cabo de unos segundos el estrépito dio paso a un vibrante compás. Era una caja de ritmos que avanzaba pesadamente por la calle. Tan grande como una casa, despedía un trémulo brillo con el movimiento de sus decenas de brazos mecánicos, que golpeaban los tambores de distintos tamaños. Tras ella venía un grupo cada vez mayor de perfectos, que bailaban, bebían y arrojaban las botellas vacías contra la enorme máquina insensible.

Tally sonrió. Todos ellos llevaban máscaras.

La máquina lanzaba las máscaras a su paso, tratando de atraer más seguidores al improvisado desfile: caras de demonio y payasos horribles, monstruos verdes y extraterrestres grises con grandes ojos ovalados, gatos, perros y vacas, caras con sonrisas socarronas

o grandes narices...

La procesión pasó despacio y Tally se echó atrás, entre la vegetación. Algunos de los bailarines pasaron lo bastante cerca para que el dulzor empalagoso de sus botellas le llenase la nariz. Al cabo de un minuto, cuando la máquina había recorrido media manzana más, Tally salió de un salto y agarró una máscara de la calle. El plástico era blando al tacto, todavía caliente, recién salido de la máquina pocos segundos atrás.

Antes de apretársela contra la cara, Tally se dio cuenta de que era del mismo color que el rosa vómito de gato de la puesta de sol, con un largo hocico y dos orejitas rosadas. El adhesivo inteligente se flexionó contra su piel mientras la máscara se le ajustaba a la cara.

Tally se abrió paso entre los bailarines borrachos hasta el otro lado de la procesión, y corrió por una calle lateral hacia la Mansión Garbo, llevando la cara de un cerdo.